

A UNA NUEVA CIUDAD DE HISPANOAMERICA

Para Fernando González

*Aprisionarte quiero, ciudad nueva,
no en mis brazos: en la cadena de una oda bárbara,
en estos versos, como tú, sin espíritu,
desquebrajados, inútiles y fútiles
como tú, paraíso de la monotonía y del hartazgo.*

*Eres la ciudad miope y sorda, pero blanca y bella
como una mujer desnuda. Eres la ciudad sin entrañas,
sin espiritualidad, sin ensueño, sin pasado.
Tu porvenir lo señaló el índice grotesco
de Sancho—tu padre espiritual.—No miras
al futuro de las urbes inmortales,
porque tienes los ojos puestos en el Hoy, como un gastrónomo,
como cualquier de tus Mil y un gastrónomos.
Pero eres brillante como el palacio del sol.*

*Eres la hinópote y sórdida ciudad donde hasta Helios
cobra a precio de oro el kilowatio.
Eres la burguesía constituida y edificada:
ahorcaste a Apolo un día
y a Como elevaste la mejor de tus estatuas.
Hasta Bolívar—erigido a base de limosnas—
en medio de su círculo de árboles, olorosos a incienso,
ha pensado bajar de su caballo
y dedicarse al agio como un mortal cualquiera.*

*Eres la ciudad sin cerebro, pero ventripotente
aún más que tus ventripotentes y calvos feligreses.
Custodiada por ásperas montañas
has de morir un día, borracha de gasolina y oraciones,
y ahita de cemento.
¡Yo he de cantar tu miserere,
un miserere de cemento armado!*

*Tú no perdonas, ciudad blanca, ciudad nueva,
el divino pecado del talento:
soñar, cantar reír, en tu regazo,
el menor maternal de todos los regazos,
es arrojar margaritas a los cerdos.
Tú te duermes con una sinfonía:
Entre Ford y Beethoven, te llevas al mecánico creso:
das puntapiés a quien te nombra a Virgilio
y te avergüenzas de un desnudo en marmol,
Pero eres luminosa como el palacio del sol
y silenciosa como una pobre aldea.*

*Eres brutal y ceñuda como la babilonia yanqui
y no eres sonriente como Lutecia divina,
porque tu rol en la comedia humana
es roncar y rugir como una bestia.
Si Tebas fue levantada con las armonías
de la lira de Anfión, tus muros fueron construídos
con los rezos de lánguidos patriarcas.
No te digo que no tienes alma
porque en verdad la tienes, pero es un alma de cemento armado.
Si otra ciudad como blasón ostenta
ser el sepulcro del Divino Loco
tú eres la cuna de Tartufo
o la ciudad donde él mejor viviera.*

*Ya estás aprisionada, ciudad mía,
en la cadena de esta oda bárbara,
en la cadena de estos versos trágicos,
desquebrajados, fútiles, inútiles y fatuos
como tú, ciudad nueva: luminosa como el palacio del sol,
blanca y bella como una mujer desnuda
y silenciosa como una pobre aldea.*

Ciro Mendía

Medellín, Colombia.

David, hijo de Palestina

= Novela americana, inédita =

17

«Se alegró enormemente de haber podido verse como lo deseaba desde el día de la muerte de su padre, desde mucho antes. Se alegró de reconocerse talento, poca simpatía, inclinación al sadismo, odio a casi todos los hombres, amor a casi todos los animales y deleite en el milagro continuo, fluente, de la existencia».—El autor.

Al día siguiente David tuvo algo que consideró una verdadera revelación. Fue estando en su oficina, un poco después de las dos de la tarde (ese día y esa hora vivieron con él hasta el momento de la muerte), en uno de esos ratos en que despertamos de la vida a algo distinto, sobresaltados como al final de una pesadilla, visionarios como en los minutos graves en que la digestión crea cuerpo y espíritu, débiles de humanidad pero sobrecargados de una esencia superior a ella: David sintió que nunca se casaría con Ester.

Fue un instante en verdad absurdo, durante el cual su vida cruzó rápida a través de muchas cosas, como por túneles de zarzas, horadando una extraña sinfonía cuyas notas se habían solidificado rumorosas, junto a él, o pasando entre doble fila de aceros desnudos y chocantes. Había un hombre que hacía diez y ocho años, teniendo él nueve, sentía por la noche, dormido, la misma dulce y estrujante sensación que tuvo al estar con la primera mujer. Había un hombre que, poco después, gozaba persiguiendo los escarabajos para luego aplastarlos lentamente con una piedra: o cazando ratas en trampa, con el fin de clavar las hembras, vivas, en una tabla de la huerta siempre barrida por él, y castrar con su navaja de bolsillo a los machos. En ese mismo tiempo aquel hombre no resistió la tentación de probar líquidos y sólidos inmundos. Gozaba entonces

acaricando a un niño de la vecindad; pero gozaba más cuando en mitad de la risa la criatura lanzaba un aullido de dolor por el pellizco que él le propinaba de repente.

Aquel hombre—más tarde—soñaba con las ciudades que le habían descrito como las más perversas del mundo: París, Berlín, Barcelona y la Habana. Leía libros de alta corrupción y ensayaba cada noche un camino nuevo para llegar al placer solitario o en compañía de la mujer. Pensaba que también él sería capaz, como algún héroe de las novelas sicalípticas, de pasar toda una noche, entre una mujer y un hombre jóvenes. Admiraba, relamiéndose, los pechos erguidos de una hembra y la rodilla blanca y redonda de un mancebo. Y de cada ocho mujeres poseídas, dos eran varones en su imaginación desatada. Odiaba, a pesar de todo, a los hombres afeminados, y su espíritu vibraba íntegro con vigorosa masculinidad junto a la carne extraña, como vibran los instrumentos de cuerda al unísono con cualquier cascada de agua.

Todo ello, entre brumas y nebulosidades, picado por botonazos de luz, atravesado por las horas de cien relojes distintos, flotante en un caos incognoscible, alentado por indecisa humanidad nonnata, todo ello atravesó su vida en aquel minuto. Y el residuo del ataque, el bagazo espiritual de aquel viaje en retroceso, fue la firme con-

vicción ya dicha:—“No me casaré nunca con Ester Flórez”.

Un rato después—como si tal afirmación le hubiera sido propinada en inyecciones intravenosas, intramusculares, intraóseas—ya formaba parte de su cuerpo, de su vida; era carne de su carne, sangre de su sangre y hueso de sus huesos. Le parecía que hacía años, desde que tenía nueve, aquella convicción estaba adherida a él, internada en el laberinto humano de su cuerpo, consustanciada consigo para siempre *sub specie aeternitatis*.

Entonces sintió que regresaba de otro mundo, de otra vida, y caía en Palestina, en su tienda, sobre aquel taburete de cuero crudo, frente a aquel escritorio donde había un pelícano-cenicero, al lado de la caja de caudales y de una pirámide de café seco, gris, no trillado. Se dio cuenta de que él era un ciudadano de aquella población colgada como una fruta enorme de un picacho de los Andes: que su papá había muerto hacía varios meses, borracho, despeñado por un barranco; que él había logrado colocar definitivamente en el juzgado y en su reemplazo a su hermano Lázaro; que el negocio de café era la salvación de su casa y la esperanza para los estudios de su hermanita Lía; que Ester, al parecer, estaba predestinada a llamarse Ester Flórez de Fernández; y que como ya no sería con él, podía ser—debía ser?—con Lázaro; y —última sensación—que él no era ningún imbécil, que amaba el licor y a Judit López más que al licor, que aquello de “embobarse uno” era precisamente no dejar esclavizarse por una mujer cualquiera, y que la vida era una sola, buena, única, deliciosa, igual para él; vicios y pocas virtudes, que para otros: vicios solos o solas virtudes.

Se alegró enormemente de haber podido verse como le deseaba desde el día de la muerte de su padre, desde mucho antes. Se alegró de reconocerse talento, poca simpatía, inclinación al sadismo, odio a casi todos los hombres, amor a casi